

CLÁSICOS
A MEDIDA



Oliver Twist

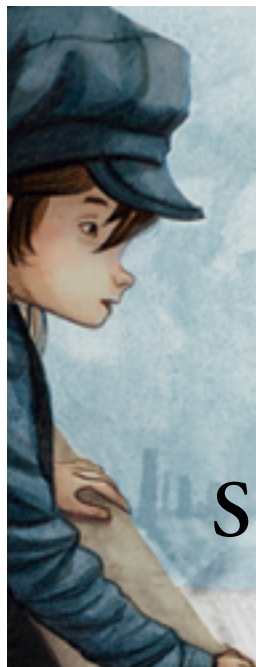
Charles Dickens

ANAYA



Oliver Twist

Prefacio



Siempre tuve como afirmación reconocida que una lección sobre el bien más puro no puede aprenderse del mal más vil y que la verdad se encuentra tanto entre la gente de los barrios humildes como entre los ricos. Con esta intención, la de extraer una enseñanza de las miserias de la vida, se me ocurrió mostrar en el pequeño Oliver el principio del Bien que supera toda circunstancia adversa y al final triunfa. Presentando a los criminales tal como existen en la vida real, describiéndolos con toda su degeneración y toda su bajeza, me pareció rendir un servicio a la sociedad, pues no hay en los desventurados y oscuros senderos de sus vidas ningún encanto que pueda atraer a los jóvenes; al contrario.

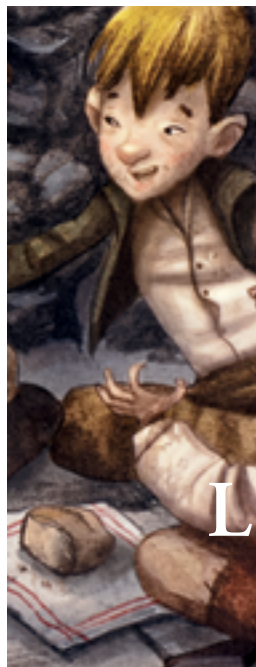
En todos los libros que conozco en los que este tipo de personajes aparece se les adorna de cierto atractivo y fascinación, que puede llevar a los lectores inmaduros a admirarlos y a querer imitarlos, como si fueran nobles caballeros. No se

encontrarán aquí cabalgadas en las noches de luna clara, ni alegres fiestas al calor de las tabernas, ni casacas bordadas, ni elegancia, ni libertad..., sino las calles frías, húmedas y sin refugio de la medianoche londinense, las guaridas inmundas donde se hacina¹ el vicio, las moradas del hambre y de la enfermedad. ¿Dónde está el atractivo de estas cosas? ¿No contienen más bien una advertencia y una lección de moral? Así me pareció, y por ello decidí que era necesario contarlas.

CHARLES DICKENS

¹ *Hacinar*: amontonar, acumular, juntar sin orden.

Del nacimiento e infancia de Oliver Twist



La mayoría de ciudades, grandes o pequeñas, tienen entre sus edificios públicos un antiguo hospicio¹ y en uno de ellos, de una ciudad a la que no pondré nombre, vino a este mundo de penas y preocupaciones Oliver Twist. No nació rodeado por doctores experimentados ni por abuelitas cariñosas, sino por una vieja enfermera, un tanto achispada de cerveza, y un cirujano municipal contratado para esa tarea. Su madre, una joven de pálido rostro, apenas pudo articular estas palabras:

—Dejadme ver al niño y morir.

El cirujano lo puso en sus brazos, ella lo besó, se estremeció y, cayendo hacia atrás, murió.

—Se acabó todo, señora Thingummy —dijo el cirujano—. Era bonita. ¿De dónde era?

¹ *Hospicio*: lugar en el que se alberga a los niños huérfanos.

—¡Ah! Pobrecilla, la trajeron anoche —replicó la vieja— por orden del supervisor. La encontraron tirada en la calle; traía los zapatos destrozados de tanto caminar, pero nadie sabe de dónde venía o adónde iba.

—La vieja historia —dijo el médico levantando la mano izquierda del cadáver—, sin anillo de casada. Ya veo... En fin, buenas noches.

La vieja, tras echar otro buen trago de la botella, se arrimó al fuego y se puso a vestir al niño. Oliver no paraba de llorar y, si hubiera sabido que era un huérfano abandonado en las manos de la caridad municipal, habría llorado aún más fuerte.

Allí permaneció ocho o diez meses, padeciendo toda clase de privaciones, pues las autoridades de la casa no encontraron ninguna mujer que lo pudiera amamantar, por lo que al cabo de ese tiempo decidieron enviarlo a una granja, filial del hospicio y a unas tres millas de aquel, en la que una vieja ama, la señora Mann, se encargaba de cuidar a veinte o treinta infractores de la *Ley de Pobres*², que no paraban de berrear ni de arrastrarse por el suelo.

Esta señora tenía estipulados siete peniques y medio por semana para la manutención de cada niño —lo que era una cantidad medianamente suficiente para hacerlo—, pero la inteligente mujer gozaba de gran experiencia y sabía lo que le convenía a los niños y a ella, así que para no acostumarlos mal practicaba la teoría del viejo filósofo que quiso enseñar a su caballo a no comer, por lo que se apropiaba de la mayor parte de la asignación y les destinaba la menor ración posible de la que les correspondía. Ocho de cada diez niños enfermaban de hambre o de

² *Ley de Pobres*: dictada en Reino Unido en 1834, obligaba a los huérfanos menores de quince años a ser internados en hospicios, o casas de trabajo, llamadas en inglés *workhouses*.

frío, o bien sufrían un accidente doméstico, como caer al fuego por descuido. Y de esta manera, el miserable se iba de este mundo a reunirse en el otro con los padres que no había conocido. De vez en cuando, en especial si ocurría un percance, la junta enviaba a alguien a inspeccionar el buen funcionamiento de la granja, pero siempre mandaba al celador del hospicio el día anterior para prevenir de la visita a la gobernanta, y así esta lavaba y ponía guapos a los internos, y ¿qué más se podía pedir?

El noveno cumpleaños de Oliver le halló flaco y pálido, un tanto pequeño de estatura para su edad, pero la naturaleza o la herencia le habían dotado de un noble corazón y un carácter fuerte. Estaba celebrándolo con otros dos amigos en la carbonera, cuando el señor Bumble, el celador, apareció en la puerta del jardín, pateándola para abrir el candado que la cerraba.



—¡Dios mío! ¿Es usted, señor Bumble? —dijo la señora Mann, asomando la cabeza por la ventana con una falsa interpretación de alegría—. ¡Qué contenta estoy de verlo! Tenía la puerta cerrada por dentro para evitar un descuido con los niños.

—¿Le parece a usted respetuoso, señora, hacer esperar a los funcionarios en la puerta, cuando vienen por asuntos relacionados con los huérfanos de la *porroquia*?³ —dijo, golpeando su bastón. Y dándose importancia ante la señora Mann, que trataba de disculparse con humildad, prosiguió—: ¡Bueno, bueno!, señora, lléveme dentro, que tengo que decirle algo.

Pasaron a un saloncito y el celador colocó su sombrero de tres picos y su bastón sobre la mesa. Después se limpió la frente de sudor y se sentó:

—Ahora —lo abordó la señora Mann con cautivadora dulzura—, tras esta buena caminata, se tomará una gotita de algo, ¿eh, señor Bumble?

—¡Ni una gota, ni una gota! —dijo el señor Bumble en un tono poco convincente, por lo que la señora Mann insistió hasta hacerle desistir—. Bueno, solo una gotita. ¿Qué es?

—Pues lo que me veo obligada a tener en casa para los niños cuando no se encuentran bien, señor Bumble, ginebra.

—¿Da usted ginebra a los niños, señora Mann?

—Pues claro; pobrecitos míos. No podría verlos sufrir ante mis propios ojos.

—¡Claro que no! ¡Qué humana es usted, señora Mann! ¡Una madre! Tendré ocasión de mencionarlo pronto a la junta —dijo y se tragó la mitad del vaso—. ¡A..., a su salud, señora Mann! Y

³ *Porroquia* por parroquia. Metátesis o alteración del sonido de las palabras, propia del nivel vulgar del lenguaje. Es un rasgo típico del habla de este personaje. El término equivalía en la Inglaterra de ese momento a municipio o pueblo, dado que no había separación entre Estado e Iglesia.



ahora a nuestros asuntos —dijo el celador, abriendo su cartera de cuero—. El niño que se bautizó con el nombre de Oliver Twist cumple hoy nueve años. Y a pesar de que la *porroquia* ha hecho grandes esfuerzos, incluso ofreciendo una recompensa, por averiguar quiénes eran sus padres, no hemos logrado nada.

—Entonces, ¿cómo es que tiene nombre? —preguntó asombrada la señora Mann.

El celador se estiró muy orgulloso y dijo:

—Lo inventé yo; les pongo nombre a los pobrecitos inocentes según el orden alfabético, el último tenía la S y a este le tocaba la T: Twist. Al siguiente le tocaría la U y al otro la V. Tengo nombres hasta la Z y otra vuelta entera más.

—¡Vaya! Es usted toda una figura, señor.

El señor Bumble se terminó la ginebra y añadió complacido:

—Como Oliver es ya demasiado mayor para permanecer aquí, la junta directiva ha decidido que vuelva a la casa, así que he venido a llevármelo.

—Lo traigo inmediatamente —dijo la señora Mann y mandó a buscarlo a una de las asistentes, quien al poco lo presentó libre ya de la roña que le cubría cara y manos.

—Inclínate ante el caballero, Oliver —mandó la señora Mann.

—¿Te quieres venir conmigo, Oliver? —le preguntó el señor Bumble.

Oliver iba a contestar que se iría con cualquiera al instante, pero al mirar hacia arriba vio el puño levantado y el semblante furioso de la gobernanta, que se había colocado tras la silla del celador; y entendió la señal, pues conocía bien la mano que se agitaba contra él, y preguntó:

—¿Vendrá ella conmigo?

—No, no puede —respondió el celador—, pero vendrá alguna vez a verte.

El niño se separó de la señora Mann fingiendo un gran pesar y derramando lágrimas, que fueron recompensadas con un trozo de pan con mantequilla y mil abrazos. Y así se lo llevo el señor Bumble del miserable hogar en el que jamás durante su infancia había conocido una palabra amable o una mirada compasiva.